

**LA HUMILDAD,  
SIGNO DE LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU:  
BENITO Y GREGORIO<sup>43</sup>**

No es fácil establecer una relación entre el san Benito de la *Regla* y el san Benito cuya santidad quiso mostrar Gregorio Magno en su segundo libro de los Diálogos, relatando una serie de hechos maravillosos que le conciernen. Los escritos de san Gregorio no dejan entrever de ninguna manera que haya recibido la huella de la Regla de san Benito<sup>44</sup>. Pero, por el contrario, es bastante evidente que la figura de Benito modelada por su biógrafo, lleva la marca de la teología y la espiritualidad gregorianas. Entre Benito y Gregorio, ¿quién es el padre del otro? Por la cronología y los carismas, es Benito. Pero es evidente que Benito carecería de rostro sin su ilustre biógrafo; de su fisonomía sólo poseeríamos los grabados que nos da la *Regla*. Los *Diálogos* nos proveen de otros grabados. Los grabados de la *Regla* y los de los *Diálogos*, ¿consiguen finalmente dibujar un solo rostro? Esta cuestión todavía se sigue proponiendo. Sin embargo, el P. de Vogüé tiene por seguro que la *Regla* proviene del personaje central del segundo libro de los Diálogos<sup>45</sup>.

Aun si Gregorio conoció la Regla de san Benito, no hay que extrañarse de que no la cite nunca. La única cita de la *Regla* se encuentra, por otra parte, en el *Comentario al primer libro de los Reyes*, cuya autenticidad gregoriana fue sospechosa durante mucho tiempo y parece que el retoque final de ese texto no lo ha hecho Gregorio. Gregorio le debe mucho a san Agustín y toma prestado de Jerónimo y de otros Padres, pero rara vez los cita literalmente o los nombra<sup>46</sup>; a lo largo de sus veintidós *Homilias sobre Ezequiel*, por ejemplo, consigue no mencionar más que una sola vez a san Jerónimo, que sin embargo había comentado a Ezequiel antes que él. Por eso no debemos extrañarnos de que Gregorio haya conocido la *Regla* de san Benito sin citarla. En todo caso, no es evidente que el monasterio de San Andrés de Roma, donde Gregorio vivió la vida monástica haya estado sometido a esa *Regla*.

Sin pretender establecer conexiones artificiales entre la *Regla* de san Benito y el pensamiento de san Gregorio, podemos preguntarnos si no hay una cierta convergencia entre ellas en lo que se refiere a la doctrina de la humildad y del Espíritu. En efecto, es evidente que para Gregorio la condición esencial para acoger al Espíritu es la humildad. Ahora bien, en la *Regla*, uno de los escasos lugares donde aparece el Espíritu es en el final del capítulo séptimo, en la cumbre de la humildad. ¿Coincidencia fortuita? ¿O bien debemos admitir cierta convergencia entre la *Regla*, el Benito de *los Diálogos* y el pensamiento de Gregorio?

## LA REGLA

Benito menciona cuatro veces al Espíritu Santo en *su Regla*: Prol. 11; 2,3; 7,70; 49,6<sup>47</sup>. La mención del Espíritu en *RB* 2,3 y 49,6 no nos interesa aquí directamente. *RB* 2,3 establece que el abad, representante de Cristo en el monasterio, lleva su nombre según estas palabras del Apóstol: “Ustedes recibieron el Espíritu que los hace hijos adoptivos y que los mueve a exclamar: *Abba*, Padre”. *RB* 49,6

<sup>43</sup> De *Collectanea Cisterciensia*, Tomo 42, 1980, 4. Tradujo: Hna. Laura Kassabchi, osb. Monasterio Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

<sup>44</sup> Si preferimos a K. HALLINGER (*Papst Gregor der Grosse und der H. Benedikt*, en *Comentaciones in Regulam S. Benedicti* [Studia Anselmiana 42], Roma, 1957, pp. 231-319) más que a O. M. PORCEL (*La doctrina monástica de San Gregorio Magno y la “Regula monachorum”*, Madrid, 1950; *San Gregorio y el monacato. Cuestiones controvertidas*, en *Monastica I* [Scripta et Documenta 12], Montserrat, 1960, pp. 1-95).

<sup>45</sup> A. de VOGÜE, *La Règle de saint Benoît*, t. 1 (SC 181, p. 157).

<sup>46</sup> Cf. R. GILLET, *Morales sobre Job*, I-II (SC 32 bis, pp. 82-83).

<sup>47</sup> Recientemente Dom Pierre MIQUEL utilizó estos cuatro textos de *RB* para presentar *El Espíritu Santo en la Regla de san Benito*, en *Documents-Episcopat*. Boletín del secretariado de la conferencia episcopal francesa, N° 5, Marzo de 1980, pp. 7-8.

recomienda al monje que durante la Cuaresma le ofrezca a Dios, con la alegría del Espíritu Santo, algo más de la medida impuesta a todos<sup>48</sup>.

Los dos textos de la *Regla* que nos interesan son *Prolog.* 11 y *RB* 7,70, que debemos releer en su contexto.

Escuchemos atónitos lo que cada día nos advierte la voz divina que clama: “Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (*Sal* 94,8). Y también: “Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias (*Ap* 2,7)” (*Prólogo* 9-11)<sup>49</sup>.

Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de amor de Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor; gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados (*RB* 7,67-70)<sup>50</sup>.

¿No habrá que ver en estas dos menciones del Espíritu, al comienzo del *Prólogo* y al final del capítulo sobre la humildad, una especie de inclusión familiar a los autores bíblicos? Si esta inclusión existe, indicaría que según san Benito lo esencial de la vida monástica parte de un llamado del Espíritu Santo y culmina en el Espíritu, al término del camino de la humildad. Esta inclusión, consciente o no en el autor de la *Regla*, está llena de sentido tanto en un caso como en el otro. Si fuera inconsciente, sería incluso más reveladora: Benito, sin querer, habría expresado espontáneamente el hecho de que todo viene del Espíritu y que la culminación del cristiano en Dios sólo puede ser obra del Espíritu.

Desde el *Prólogo* hasta el final del capítulo séptimo, san Benito pone los fundamentos de la vida espiritual del monje. Para él, lo esencial de la vida espiritual consiste en una asimilación de la virtud multiforme de la humildad. Nos comprometemos en ese camino porque hemos escuchado un llamado del Espíritu (*Prólogo*). Si un día el camino desemboca en algo (un nuevo amor de Dios y de Cristo), será indudablemente porque aquel que se ha puesto en camino tuvo el coraje de recorrer hasta el final, pero también se deberá y muy esencialmente, a la acción del Espíritu.

## BENITO

---

<sup>48</sup> Encontramos 25 menciones de *spiritus* en la *Regla del Maestro*; se refiere solamente 7 veces al Espíritu Santo: *Th.* P. 17; *Th.* S. 7; *RM* 2,3; 3,1; 10,91; 33,21; 42,4. De las cuatro menciones del Espíritu Santo que hace san Benito, tres provienen de *RM* y la cuarta es de su propia cosecha: la de *RB* 49,6 que se refiere a la alegría del Espíritu con la que el monje debe ofrecer a Dios en Cuaresma algo gratuito y no impuesto. La omisión más extraña de la mención del Espíritu en *RB* es la de *RB* 4,1 que corresponde a *RM* 3,1: para Benito el primer instrumento de las buenas obras es amar al Señor Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, mientras que para el Maestro el primer instrumento implica una confesión de fe trinitaria.

<sup>49</sup> Benito nos invita una decena de veces en su *Prólogo* a escuchar, a oír: “Escucha, hijo mío; escuchemos con oído atento; vengan, hijos míos, escúchenme; sí, escuchando eso...; escuchemos al Señor que nos responde; el que escucha lo que acabo de decir...”. ¿A quién nos invita a escuchar? A. Cristo, al Espíritu, a Dios (quien posiblemente es también el *pater* del principio). La primera página del *Prólogo* es, por lo tanto, un llamado de las tres Personas de la Trinidad.

<sup>50</sup> Este final del capítulo séptimo menciona por lo tanto también a Dios (Padre), a Cristo y al Espíritu Santo. Ahora bien, esto no aparece en el Maestro; en efecto, en lugar del *amor de Dios*, *RM* dice *el amor del Señor*, y en lugar del *amor a Cristo y una cierta santa costumbre*, *RM* dice simplemente *el amor de esa buena costumbre*. Observemos también que la mención del Espíritu en este lugar de *RM* no concluye el capítulo sobre la humildad, porque el Maestro agrega todavía un largo desarrollo sobre las alegrías de la patria celeste. Destaquemos también que entre la época de aparición de *RM* en *SC* y la de la aparición de *RB*, el P. de Vogüé modificó, con mucha razón sin duda, su traducción del pasaje que se refiere al Espíritu Santo. Esta es la traducción para *RM*: “Que el Señor se digne hacer aparecer este estado en su obrero purificado por el Espíritu Santo de sus vicios y de sus pecados”. El rol del Espíritu aparece aquí más directamente ligado a la purificación de los pecados. Diez años más tarde, la traducción de *RB* ya no limita la acción del Espíritu Santo a la purificación de los pecados; esta acción es comprendida como la que hace surgir el amor de Dios y de Cristo.

Cuando abrimos el libro de los *Diálogos* de san Gregorio, antes de sufrir el choque de una inundación de milagros y de hechos maravillosos, sería útil que nos dejáramos impresionar en primer lugar por la observación que aparece al comienzo de la obra, en el capítulo primero del libro primero: “Un alma llena del Espíritu divino, presenta evidentemente sus signos: los milagros y la humildad. Si estos dos signos se encuentran perfectamente en un alma, ellos atestiguan claramente la presencia del Espíritu Santo”<sup>51</sup>. Cuando llegamos al final del capítulo séptimo de la *Regla*, no podemos dejar de asombrarnos por la convergencia: la humildad es un signo de la presencia del Espíritu. San Benito, legislador prudente, no discute sobre los milagros de los monjes carismáticos; le basta con hablar de la humildad.

Gregorio, por lo tanto, advierte a su lector que no se deje deslumbrar demasiado por todos los milagros que va a narrar. En otra parte dirá incluso que los hechos maravillosos no prueban nada por sí mismos; los malhechores pueden también profetizar, así como los hipócritas pueden imitar las virtudes de los santos. Los milagros no son por sí mismos pruebas de santidad; pero si están acompañados de humildad, quiere decir que el Espíritu está allí. En el fondo son menos importantes que las virtudes<sup>52</sup>. Gregorio observa también que los milagros no dejan de ser un peligro para la humildad del que los realiza; en el fondo más vale la humildad, es el camino más seguro: “Cuando el alma vive entre milagros, hacéis bien en inquietaros, porque frecuentemente sucede que, por sus tentaciones, las maravillas que se operan en el exterior lastiman interiormente al espíritu. Pero será suficiente que escuchéis un rasgo de ese venerable Constancio para que conozcáis rápidamente cuál fue su humildad... Por lo que veo, ese hombre fue grande por sus milagros en el exterior, pero más grande fue en su interior por la humildad”<sup>53</sup>.

Gregorio relaciona explícitamente los carismas de Benito con la humildad. Por sus milagros ha imitado los grandiosos hechos de los taumaturgos del Antiguo y del Nuevo Testamento, pero se lo debe únicamente al Espíritu de Dios y todo lo que le sucede al cristiano, viene de la gracia del Redentor. Este quiso morir en presencia de los orgullosos, pero es a los humildes a quienes les ha manifestado su resurrección; los orgullosos no han visto más que una muerte infame; los humildes han recibido poder sobre la muerte<sup>54</sup>. Dicho de otra manera, los dones del Espíritu presentes en Benito vienen de la gracia del Redentor, y éste expande su gracia solamente sobre los humildes.

La humildad no es una virtud que se grita, incluso cuando se trata de ponerla en evidencia en los demás. San Gregorio muy frecuentemente, nos revela la virtud de san Benito de manera indirecta, sin hablar incluso de humildad o de orgullo, en el segundo libro de los *Diálogos*. Busquemos todo lo que dice sobre ella.

Incluso antes de hacerse monje, Benito huye de las alabanzas que le atrae su primer milagro de la reparación de la criba: “Benito prefería sufrir los males de este mundo antes que recibir su alabanza; fatigarse en los trabajos de Dios, antes que envanecerse por los favores de esta vida”<sup>55</sup>. Por eso busca un lugar desierto. Prefería la mirada de su Creador a la curiosidad de las multitudes; habitaba consigo, siempre en guardia y vigilante sobre sí mismo<sup>56</sup>.

Cuando los monjes de un monasterio que él no había fundado le piden que sea su abad, Benito no se apura a aceptar este honor. Al principio se niega, no por razones de humildad sino porque prevee que su manera de ser no convendría a los monjes que le piden que sea su maestro<sup>57</sup>. Más tarde, Benito cede

---

<sup>51</sup> *Dial.* 1,1,6 (SC 260, p. 23).

<sup>52</sup> Cf. *Dial.* 1,12,4 y 6, p. 117-119; cf. SC 251, pp. 85-90. Ver también P. BOGLIONI, *Miracle et nature chez Grégoire le Grand*, en *Cahiers d'Etudes médiévales I, Epopées, légendes et miracles*, Paris, 1973, p. 11-102, sobre todo pp. 72-102; Cl. DAGENS, *Saint Grégoire le Grand. Culture et expérience chrétiennes*, Paris, 1977, pp. 225-233; L. WEBER, *Hauptfragen der Moralthologie Gregors des Grossen. Ein Bild Altchristlicher Lebensführung* (Paradosis 1), Fribourg (Suisse), 1947, pp. 146-165; F. H. DUDDEN, *Gregory the Great. His Place in History and Thought*, t. II, Londres, 1905, p. 356: lo que Gregorio dice de los milagros es “remarkably sane and judicious”.

<sup>53</sup> *Dial.* 1,5,3-6 (SC 260, pp. 61-63).

<sup>54</sup> *Dial.* 2,8,9 (p. 167).

<sup>55</sup> *Dial.* 2,1,3 (p. 131).

<sup>56</sup> *Dial.* 2,3,7 (p. 145).

<sup>57</sup> *Dial.* 2,3,2 (p. 141).

el lugar a un envidioso que no soportaba sus éxitos espirituales; ya que tratan incluso de hacer mal a sus discípulos por su causa, se retira; esquiva *humildemente*, dice san Gregorio, el odio del envidioso<sup>58</sup>.

Benito no quiere que le hagan propaganda. Es cierto que anuncia a sus discípulos su próxima muerte, pero les pide que no lo divulguen<sup>59</sup>.

Cuándo realiza un milagro a la distancia, trata de atribuirlo a la obediencia (¿ciega?) de su discípulo, en un verdadero asalto amistoso de humildad entre el maestro y el joven hermano<sup>60</sup>. Por el contrario, lo vemos reprender duramente a un monje culpable de un pensamiento de orgullo secreto<sup>61</sup>. También corrige delante de todos los hermanos a un monje que le había desobedecido con una buena intención y por prudencia: le reprocha su falta de fe y su orgullo y lo exhorta largamente a adquirir la fe y la humildad<sup>62</sup>.

Quisiéramos saber más precisamente, de qué manera Benito exhortaba a ese hermano. Pero como observa el P. de Vogüé, Gregorio se olvida de darnos esas enseñanzas como lo hacen los demás biógrafos de los santos monjes, totalmente preocupado por narrar los milagros de su héroe. Ha remplazado esta enseñanza explícita indicando que Benito escribió una *Regla de monjes* notable por su discreción y claridad<sup>63</sup>. Pero al mencionar la *Regla*, Gregorio agrega que Benito no pudo enseñar sino lo que vivió; para saber más sobre su manera de vivir, no queda sino releer esa *Regla*<sup>64</sup>; y ésta ¿no nos conduce acaso esencialmente al fundamento espiritual de los primeros capítulos, la humildad?

Todo el libro segundo de los *Diálogos* ha sido escrito para probar que Benito es para Gregorio, el carismático por excelencia. Benito imitó los milagros de todos los justos, porque poseía en él al Espíritu<sup>65</sup>.

Los once primeros capítulos presentan la misma cantidad de hechos maravillosos: Benito repara milagrosamente una criba (c. 1); domina de una vez para siempre en él la tentación de la carne (c. 2); su bendición rompe una vasija de vino envenenado (c. 3); le hace ver a Mauro al diablo que perturba a un monje durante la oración (c. 4); descubre milagrosamente una fuente (c. 5); hace emerger el hierro de la hoz del fondo del lago (c. 6); Mauro salva a Plácido de ahogarse (c. 7); Benito sabe que el pan que le han enviado está envenenado (c. 8); consigue desplazar una piedra casi indesarraigable (c. 9); consigue que se abran a la realidad los ojos de los hermanos que veían un incendio imaginario (c. 10); resucita a un joven monje aplastado por haberse derrumbado un muro (c. 11).

Si dejamos de lado por el momento, del capítulo 12 al 21, que muestran a Benito en el ejercicio de su carisma profético, del capítulo 22 al 32 encontramos un nuevo conjunto de doce hechos maravillosos (en el capítulo 33 es Escolástica la que obtiene un milagro, no Benito): Benito da a conocer su voluntad a distancia (c. 22); tiene poder sobre las almas después de la muerte (c. 23); otro ejemplo de ese mismo poder (c. 24); por medio de su oración, Benito muestra el demonio a los hermanos (c. 25); cura a un leproso (c. 26); encuentra providencialmente doce monedas para un acreedor (c. 27, 2); cura a un hombre envenenado (c. 27,3); un frasco de aceite arrojado contra las rocas no se rompe (c. 28); obtiene milagrosamente aceite, en tiempo de hambre (c. 29); cura a un endemoniado (c. 30); desata a un prisionero solamente con la mirada (c. 31); resucita a un niño (c. 32).

---

<sup>58</sup> *Dial.* 2,8,6 (p. 165).

<sup>59</sup> *Dial.* 2,37,1 (p. 243).

<sup>60</sup> *Dial.* 2,7,3 (p. 159): “Sed in hac humilitatis mutua eamica contentione”.

<sup>61</sup> *Dial.* 2,20,1 (p. 197).

<sup>62</sup> *Dial.* 2,28-29 (pp. 219-221).

<sup>63</sup> Cf. A. de VOGÜÉ, *La mention de la «Regula monachorum» a la fin de la «Vie de Benoît»* (*Grégoire, Dial. II,36*). *Sa fonction littéraire et spirituelle*, en *Regulae Benedicti Studia* 5 (1976), pp. 296-298.

<sup>64</sup> *Dial.* 2,36 (p. 243).

<sup>65</sup> *Dial.* 2,8,8-9 (p. 165-167).

Entre estas dos series de una docena de *milagros*, se encuentra el relato de las once manifestaciones del carisma profético en Benito. San Gregorio lo introduce así: “El varón de Dios comenzó también a tener el Espíritu de profecía, anunciando el futuro y revelando a los presentes lo que pasaba lejos del lugar donde se encontraban”<sup>66</sup>. Luego vienen las once manifestaciones del carisma profético: Benito sabe que los hermanos han comido fuera del monasterio (c. 12), así como también sabe que el hermano del monje Valentiniano no está en ayunas (c. 13); desenmascara una treta de Totila (c. 14) y le predice los acontecimientos del fin de su vida (c. 15,1-2); predicciones sobre la ruina de Roma (c. 15,3); advertencia profética a un clérigo de la iglesia de Aquino (c. 16, 1-2); predicción sobre la destrucción del monasterio de Montecasino por los bárbaros (c. 17); Benito sabe que Exhilarato ha escondido un barril de vino (c. 18) así como también sabe que un monje de visita en lo de unas monjas ha recibido unos pañuelos (c. 19); conoce los pensamientos de un monje porta-lámpara (c. 20); anuncia en tiempo de hambre, la llegada de alimento (c. 21, 1-2).

Esta serie de *profecías* es interrumpida en 16,3-9 por algunas reflexiones de Gregorio sobre el conocimiento de los secretos de Dios y termina en 21,3-4, con un *diálogo* sobre la presencia y la ausencia del Espíritu de profecía. En 16,3-9, Gregorio explica que no hay que asombrarse de que Benito conociera los secretos de Dios. Al observar a la perfección los mandamientos de Dios, no formaba más que un solo espíritu con él. Solamente el Espíritu de Dios conoce lo que está en Dios; Benito había recibido ese Espíritu y éste le revelaba lo que es inaccesible a los hombres que tienen únicamente el espíritu de este mundo. Pero este conocimiento de los secretos de Dios por los hombres no es ilimitado, precisa Gregorio; nadie puede penetrar perfectamente en los juicios escondidos de Dios; el carisma profético depende de la voluntad de Dios: el profeta sabe algo cuando Dios se lo revela, no sabe más nada si Dios se calla.

En 21,3-4, Gregorio prosigue sus reflexiones sobre la presencia y la ausencia del Espíritu de profecía. El Espíritu de Dios va y viene, sopla donde y cuando quiere. El Espíritu no siempre ilumina el espíritu de los profetas. En lugar de atribuir estas fluctuaciones del carisma profético únicamente a la libertad de Dios, Gregorio agrega aquí la razón que guía al Espíritu de Dios en su palabra y su silencio: Él eleva el espíritu de los profetas hasta las cumbres para guardar luego silencio, a fin de que el profeta reconozca que debe su carisma solamente a Dios y que, abandonado a sí mismo, es totalmente impotente. La palabra y el silencio del Espíritu son una pedagogía de la humildad: solamente por la humildad puede ubicarse el hombre en su justo lugar frente a Dios y encontrar que son maravillosos los dones que Él le concede. La humildad conduce al Espíritu: el Espíritu guarda a los suyos en la humildad. Si Benito penetró en los secretos de la divinidad, fue porque había recibido, como Pablo, al Espíritu que viene de Dios. El carisma de la profecía es un signo adicional de que Benito estaba lleno del Espíritu.

Los últimos capítulos del 33 al 38 de los Diálogos, culminan intensamente la vida de Benito. Si se nos permite bordar un poco sobre el sentido del encuentro de Benito con su hermana (c. 33), veríamos la humildad de Benito puesta a prueba. No, no siempre obtuvo de Dios lo que quería, responde Gregorio al diácono Pedro; un día incluso fue vencido por su hermana porque ella tenía más amor. Hasta ese momento, le faltaba a Benito ser vencido por el amor. Pero en el amor verdadero, finalmente nunca hay vencedores ni vencidos: unidos en Dios durante su vida, Benito y Escolástica tampoco estarán separados en la tumba (c. 34).

En la tarde de su vida, aparecen en Benito dos rasgos más del carisma profético: se entera por una revelación de la muerte del obispo Germán de Capua (c. 35); anuncia su propia muerte (c. 37). Finalmente más allá de la muerte, Benito sigue actuando: una demente queda milagrosamente curada en la gruta de Subiaco (c. 38)<sup>67</sup>. Si quisiéramos glosar el texto de Gregorio, con la misma libertad con que él utiliza la Escritura en sus comentarios alegóricos y morales, sería evidente entonces que la

---

<sup>66</sup> Dial. 2,11,3 (p. 175). La primera homilía de Gregorio sobre Ezequiel, que es un verdadero tratadito sobre la profecía, distingue con el mayor cuidado las múltiples maneras en que el Espíritu de profecía toca al profeta y lo informa, ya sea con respecto al presente o solamente al futuro, ya sea con respecto al presente y al futuro juntos, ya sea con respecto al pasado, presente y futuro simultáneamente: *In Ezech* 1,1,4-14 (CC 142, pp. 7-12).

<sup>67</sup> Sobre la estructura del segundo libro de los *Diálogos*, ver otras indicaciones en SC 251, pp. 57-60.

visión de san Benito narrada en el capítulo 35 de *los Diálogos* es el fruto maduro de su ascensión por la escala de la humildad. En efecto, Benito habita en lo alto de la torre; en el piso inferior vive el diácono Servando: para llegar al piso superior, hay que subir la escalera (la escala), como observa con todo cuidado Gregorio; no hay otro camino. En la cumbre de la escala de la humildad, Benito es arrebatado en la luz de Dios, un poco como su discípulo al final del capítulo séptimo de la *Regla*.

## GREGORIO

Allí donde Benito diría más bien: “Deseen llenarse de humildad”, Gregorio clama: “Deseen llenarse de la presencia del Espíritu”. Y luego indica la razón: “Sólo tendrán parte en el festín eterno con Cristo, aquellos que desde ahora están llenos de la gracia del Espíritu y aspiran a su amor”<sup>68</sup>. “Amemos a ese Espíritu que da la vida”, dice incluso un día de Pentecostés a los Romanos<sup>69</sup>. No hay que tener temor de desear los bienes espirituales; el mismo Espíritu nos impulsa a pedirlos con fervor pero también con gran reverencia y humildad porque nadie sabe si es digno de ellos<sup>70</sup>.

Según Gregorio, la condición esencial para recibir el Espíritu es la humildad; encuentra la prueba de esto en un versículo de Isaías (66,2) leído en la antigua versión latina: “¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el hombre humilde y pacífico que tiembla ante mi palabra?” Gregorio cita nueve veces este versículo, en su obra más o menos completo y siempre según la antigua versión<sup>71</sup>. Este hecho no necesita explicación: el Dios todopoderoso ofrece los dones de la gracia espiritual a los humildes. No tenemos acceso a los dones del Espíritu si antes no tenemos humildad<sup>72</sup>. Esas son las costumbres del Espíritu Santo: eleva a los pobres, a los simples, a los humildes<sup>73</sup>. Sacia a los que tienen hambre (cf. *I S* 2,5), es decir, a los que están desprovistos de vicios y exentos de orgullo. Los santos merecen los dones más grandes del Espíritu porque carecen de gran opinión acerca de ellos mismos. El Espíritu permanece en ellos, se han convertido en sedes. Están verdaderamente bien saciados porque el Espíritu reposa sobre ellos con la plenitud de sus dones<sup>74</sup>.

Lo propio de los humildes es gozar de los dones del Espíritu, sin admirarse a sí mismos; el mismo Espíritu del que están llenos tiene cuidado de guardarlos en la humildad, les quita toda estima por ellos mismos y los hace pequeños a sus propios ojos<sup>75</sup>. El pastor perfecto es aquel que está repleto del Espíritu Santo; pero el signo de la presencia del Espíritu en él es la excelencia de su humildad: ésta es por lo tanto el signo de los signos. Cuanto más abundan en el pastor los dones del Espíritu, tanto más profundiza el Espíritu su humildad<sup>76</sup>. Es por eso también que el Espíritu reparte sus dones entre

---

<sup>68</sup> *In Euang.* 24,6 (PL 76,1187): “Huius Spiritus repleti praesentia desiderate”.

<sup>69</sup> *In Euang.* 30,9 (PL 76,1226C): “Hunc... uiuificantem Spiritum amemus”.

<sup>70</sup> *In I Reg.* 4,87 (CC 144, p. 339): “In sensu electorum Dei Spiritus operetur, dum ad spiritalia dona expetenda et deuote eos facit accedere et de largitoris omnipotentia magna cum reuerentia formidare”.

<sup>71</sup> *Mor.* 3,34 (PL 75,617C); *Mor.* 5,78 (PL 75,724C); *Mor.* 18,68 (PL 76-77C); *Mor.* 29,5 (PL 76,481A); *In Ezech.* 2,7,8 (CC 142; p. 322); *In I Reg.* 2,13 (CC 144, p. 128); *Ibid.*, 4,198 (p. 405); *Reg. Past.* 3,17 (PL 77,78A); *Epist.* 5,44 (MGH I, 342).

<sup>72</sup> *In Ezech.* 2,7,8 (CC 142, p. 322): “Omnipotens Deus dona spiritalis gratiae humilibus praestat”.

<sup>73</sup> *In I Reg.* 4,198 (CC 144, p. 405): “More etenim suo agit Spiritus sanctus, cum ad uirtutum culmen pauperes, simplices atque humiles erigit”.

<sup>74</sup> *In I Reg.* 2,14 (CC 144, p. 128): “Qui uero sunt famelici nisi a cibis uitiorum uacui, a tumori ieiuni? Famelici ergo saturati sunt: quia sancti uiri humilitatis arce praediti, dum de se alta non sentiunt, alta uirtutum dona promerentur. Nam per humilitatis bonum sancti Spiritus sedes fiunt, quem, dum in se manentem recipiunt, eius donis plenius replentur... Valde ergo saturantur famelici, quia in donorum plenitudine super humiles sanctus Spiritus requiescit”.

<sup>75</sup> *In I Reg.* 4,88 (CC 144, p. 339-340): “Habent proprium mentes humilium, ut spiritalia dona habeant, sed in his, quae habent, se non attendant. Quia enim a Spiritu sancto uirtutum dona percipiunt, idem sanctus Spiritus, qui dona tribuit, ea eis ab aestimatione tollit, ut in uirtute conuersationis haec habeant, in tumorem elationis non habeant... Sanctus Spiritus eos, qui ad ecclesiastici culminis regimen praeparantur, magnos facit in uirtute interni muneris sed omnino paruos in respectu propriae aestimationis”.

<sup>76</sup> *In I Reg.* 4,183 (CC 144, p. 396): “Quae autem sunt indicia Spiritus nisi excelentia dona humilitatis? Sanctus quidem Spiritus, quo maiori luce uirtutum electorum corda irradiat, eo et abundantiori dono humilitatis ditat. Quo enim celsiores sunt meritis, planiores sunt per uirtutum humilitatis... Si ergo signum perfecti praedicatoris repletio est Spiritus sancti et uirtus humilitatis signum illius plenitudinis, quid in laude humilitatis dicitur, nisi quia eius dona sunt signa signorum?”. Esto ya ha sido observado más arriba a propósito de san Benito y este texto del Comentario al *Primer Libro de los Reyes* es la mejor glosa del pasaje del primer libro de *los Diálogos* que citamos.

numerosos beneficiarios; cada uno goza de un don particular y nadie posee todos los dones para que cada uno se guarde en la humildad, estime a los demás superiores a él y para que todos se sostengan mutuamente: ésta es una de las reflexiones que Gregorio repite con predilección<sup>77</sup>.

A veces Dios les retira los dones del Espíritu a los que gozaban de ellos, para evitar que se pierdan en la presunción. El Espíritu de profecía no siempre está presente en los profetas<sup>78</sup>, como ya hemos observado más arriba con respecto a san Benito. Es bueno que a veces el Espíritu abandone a los profetas para que recuerden que esos poderes no salen de ellos, y para que reconozcan lo que verdaderamente son, un don de Dios<sup>79</sup> y sepan lo que es el hombre abandonado a sí mismo: un ser sujeto a la tentación<sup>80</sup>. El Espíritu de profecía no siempre ilumina a los profetas; el Espíritu sopla donde y cuando quiere. Para apoyar su afirmación, Gregorio cita el ejemplo de los profetas Natán (2 S 7,2-5) y Eliseo (2 R 4, 27). En la historia de la revelación no hay ruptura; entre la época de la Antigua Alianza y la época del profeta Benito, las costumbres del Espíritu no cambiaron. Esta conducta de Dios con respecto a los profetas, en el fondo está llena de misericordia; al concederles y retirarles el Espíritu de profecía, ya los eleva, ya los guarda en la humildad; cuando reciben el Espíritu, comprenden lo que son por la gracia de Dios; cuando no gozan del Espíritu, tienen la experiencia de lo que son abandonados a sus propias fuerzas<sup>81</sup>. A san Gregorio le gusta manifiestamente este tema: lo trata en los *Diálogos*, en las *Homilias sobre Ezequiel* y en las *Moralia*. Para un profeta no habría nada más deteriorante que un exceso de confianza en sí mismo; si se acostumbra a gozar del don de profecía, podría tener la tendencia de llamar profecía a todo lo que piensa y todo lo que dice; sería lo peor que le podría pasar<sup>82</sup>. Como el Espíritu no siempre está presente en los profetas, sucede que a veces se equivocan. Algunos están tan acostumbrados a profetizar, que a veces hablan desde su propio fondo, aunque creen hablar en el Espíritu; luego el Espíritu les puede hacer entender dónde está la verdad, pero también puede ser que se calle<sup>83</sup>.

Los santos presumen tanto menos de su perfección cuanto más abundantemente han recibido la gracia del Espíritu<sup>84</sup>. A veces esconden por humildad sus virtudes y las gracias de las que gozan; pero también sucede que, con la certeza de la experiencia, afirman que gozan del Espíritu de sabiduría o de profecía, no para envanecerse de ello sino para ser escuchados<sup>85</sup>. Muy distinta es la conducta de los hipócritas: cuando reciben algún don de lo alto, el don de hacer milagros o el don de profecía, buscan inmediatamente su propia gloria y la alabanza de los hombres, en vez de buscar la gloria de aquel de quien vienen esos dones<sup>86</sup>. Los indignos pueden recibir el Espíritu de profecía y no por eso se hacen

---

<sup>77</sup> *In Ezech.* I, 10,32 (CC 142, p. 160-161); *Mor.* 11,8 (PL 75,957); *Mor.* 24, 19 (PL 76,297); *Mor.* 28,21-22 (PL 76,461); *Mor.* 29,41 (PL 76,499).

<sup>78</sup> *Mor.* 2,89 (SC 32 bis, p. 386): “Sed quia haec ipsa dona non semper in mente eodem modo sunt, liquido ostenditur, quod ne se mens in praesumptione eleuet, aliquando utiliter subtrahuntur”. Cf. *Mor.* 2,92 (*ibid.*, p. 392): “In istis uero ad tempus aliquando sublatis consoletur humilitas, quia ad elationem mentem fortasse subleuantur”.

<sup>79</sup> *In Ezech.* 1,1,15 (CC 142, p. 12): “Aliquando uero prophetiae Spiritus prophetis deest, nec semper eorum mentibus praesto est, quatenus cum hunc non habent, se hunc agnoscant ex dono habere cum habent”. Cf. *Mor.* 2,78 (SC 32 bis, p. 372): “Tunc enim uere cognoscimus bona nostra unde sunt, quando haec quasi amittendo, sentimus quia a nobis seruari non possunt”.

<sup>80</sup> *Mor.* 9,80 (PL 75,902 AB): “Quia enim per subtractionem Spiritus mens aliquantulum in tentatione deseritur... infusione supernae gratiae quantum homo aruit cognoscat”.

<sup>81</sup> Cf. *Dial.* 2,21 (SC 260, p. 200); *In Ezech.* 1,5,11 (CC 142, p. 62): “(Spiritus) aliquando adest, aliquando se subtrahit. Adest ut eleuantur (sancti), et semetipsum subtrahit ut humiliantur. Adest ut eos ostensa uirtute glorificet, recedit ut semetipsum subtracta eius uirtute cognoscant. Adest ut ostendat quid per ipsum sint, recedit ut patefaciat qui uel quales remaneant sine ipso... Discurrens ergo et mobilis Spiritus dicitur (*Sb* 7,22), quia signis atque uirtutibus iuxta uniuscuiusque uotum continue non habentur”.

<sup>82</sup> *Mor.* 8,10 (PL 75,807 C): “Ditata (mens) donis spiritalibus aliquando deterius ex occasione uirtutum ruit”.

<sup>83</sup> *In Ezech.* 1,1,16 (CC 142, p. 13): “Sciendum quoque est quod aliquando prophetae sancti dum consuluntur, ex magno usu prophetandi quaedam ex suo spiritu proferunt, et se hace ex prophetiae Spiritu dicere suspicantur, sed quia sancti sunt, per sanctum Spiritum citius correcti, ab eo quae uera sunt audiunt, et semetipsum quia falsa dixerint reprehendunt”. Cf. *In I Reg.* 4,2 (CC 144, p. 296). Del mismo modo que con respecto al Espíritu Santo, Gregorio afirma la presencia y la ausencia sucesivas de Cristo en la Iglesia: cf. *In I Reg.* 2,29 (CC 144, p. 137).

<sup>84</sup> *In I Reg.* 4,6 (CC 144, p. 298): “Quo abundantiori gratia sancti Spiritus pleni sunt (uiri spiritales), de uirtutis suae celsitudine non praesumunt”.

<sup>85</sup> *In I Reg.* 4,126 (CC 144, p. 360-361): “Certus ergo de peritia Spiritus...”.

<sup>86</sup> *Mor.* 8,66 (PL 75,841-842). Cf. *In I Reg.* 4,76 (CC 144, p. 333): Hay personas en la Iglesia que hacen grandes cosas mientras son alabados, y que no hacen más nada si les falta el sostén de las alabanzas; los cristianos probados hacen grandes

más santos; aunque pronuncien palabras que los superan, continúan viviendo por debajo de sí mismos<sup>87</sup>. Los que se sienten colmados por los dones de Dios podrían creer que se acercan más a Él, pero no siempre es así; a menudo la imprudente confianza en ellos mismos de la que dan prueba, los aleja por el contrario de Dios<sup>88</sup>. Puede parecer que hombres carnales hacen grandes cosas en la Iglesia, pero no por eso son menos carnales, porque no tienen la gracia del Espíritu Santo; su corazón lleno de soberbia, no ha sido suavizado por ella<sup>89</sup>; y si un día la unción del Espíritu los llena con su dulzura, la pierden por sus vanos pensamientos<sup>90</sup>. La gracia del Espíritu huye de los hombres orgullosos y falsos<sup>91</sup>; estos no reciben los dones de las gracias espirituales<sup>92</sup>; el Espíritu huye de los hombres terrestres porque no encuentra en ellos la paz: chocan incesantemente con los demás como las olas de un mar agitado<sup>93</sup>; la cólera impide entrar en el alma al esplendor del Espíritu Santo<sup>94</sup>.

Para preparar a sus discípulos a que se conviertan en morada del Espíritu Santo, Jesús les recomienda que permanezcan en la ciudad (cf. *Lc* 24,49), es decir, que se vigilen cuidadosamente, que practiquen la guarda del corazón<sup>95</sup>, así como lo hacía Benito, el varón de Dios. Existe una palabra secreta del Espíritu Santo que sólo puede ser percibida por un corazón dilatado y el corazón aumenta su capacidad de acogida del Espíritu cuando se purifica de la mancha de los deseos terrestres: pocos hombres llegan a esto, afirma Gregorio<sup>96</sup>. El Espíritu Santo sólo llena a aquellos que vigilan cuidadosamente para preservar su corazón de las manchas del mundo. Sus dones son siempre gratuitos y libres pero podemos prepararnos a recibirlos *despreciando* los bienes visibles<sup>97</sup>. El hecho de tener pensamientos carnales en el espíritu incesantemente, impide recibir los dones del Espíritu; aquellos que, por el contrario, se cuidan de los malos deseos, tienen esta experiencia<sup>98</sup>.

Lo que san Benito no hace más que sugerir en su *Regla* (el Espíritu al comienzo y al término del camino de la humildad), Gregorio lo desarrolla con cierta insistencia. El segundo libro de los Diálogos habla relativamente poco, de manera explícita, del Espíritu y de la humildad; sin embargo, desde el principio de la obra se nos advierte que los carismas y la humildad son el signo de la presencia del Espíritu. Gregorio, a la inversa de Benito, clama: desead el Espíritu; pero inmediatamente agrega: si deseáis recibir el Espíritu (y debéis desearlo), cultivad la humildad.

El Benito de la *Regla* conduce a sus discípulos por el camino de la humildad; el Benito de los *Diálogos* es conducido por el Espíritu. Entre los dos está san Gregorio, para quien la condición esencial para recibir los dones gratuitos del Espíritu, es la humildad. La *Regla* de san Benito habla poco del Espíritu; pero muestra el camino hacia Él: buscad la humildad y el Espíritu hará lo demás;

---

cosas por la virtud del Espíritu Santo (*Fortis ergo robore est, qui uirtutem, quam monstrat in opere bono, habet a Spiritu sancto*).

<sup>87</sup> *Mor.* 27,2 (*PL* 76, 399CD).

<sup>88</sup> *Mor.* 9,20 (*PL* 75,870).

<sup>89</sup> *In I Reg.* 4,35 (*CC* 144, p. 313-314): “Qui magna agere uidentur; carnales uero sunt, quia sancti Spiritus gratia non habent... Dum superbo corde corporalia agit, eius mentem gratia sancti Spiritus non emollit”.

<sup>90</sup> *Mor.* 18,68 (*PL* 76,78AB): “Quia cogitationes superfluae, quae assidue in animo carnalia cogitante et nascuntur et deficiunt, eam suauitatem qua unusquisque intrinsecus per Spiritum unctus est perdunt, quoniam integritate eius perfrui non permittunt”.

<sup>91</sup> *In I Reg.* 6,96 (*CC* 144, p. 604).

<sup>92</sup> *In I Reg.* 2,14 (p. 128): “Munera spiritalium gratiarum non adipiscuntur”.

<sup>93</sup> *Mor.* 18,68 (*PL* 76,77C): “A terrenis mentibus tanto longius Spiritus fugit, quanto apud has quietem non inuenit”.

<sup>94</sup> *Mor.* 5,78 (*PL* 75,724BC): “Per iram sancti Spiritus splendor excluditur... Si ergo ira quietem mentis subtrahit, suam sancto Spiritu habitationem claudit...”.

<sup>95</sup> *In I Reg.* 1,66 (*CC* 144, p. 91-92): “In ciuitate quippe sedemus, cum per cotidianam sollicitudinem in internae custodias defensione requiescimus”.

<sup>96</sup> *Mor.* 5,50 (*PL* 75,705D): “Absconditum ergo uerbum audire (*Jb* 4,12), est locutionem sancti Spiritus corde concipere... Et quoniam ualde in humano genere pauci sunt, qui a desideriorum temporalium sordo purgati, ad perceptionem sancti Spiritus ipsa hac purgatione dilatentur, uerbum hoc absconditum dicitur, quia illud a quibusdam procul dubio in corde percipiunt, quod a maxima hominum parte nescitur”.

<sup>97</sup> *In I Reg.* 4,164 (*CC* 144, p. 381): “Quia uidere internam lucem Conditoris tanto clarius possunt, quanto studiosius mundum cor a mundi iniquationes custodiunt. Talibus quidem a mortuis resurgens apparuit Dominus, tales repleuit Spiritus sanctus... Hi etiam repleti Spiritu sancto quasi in domo possunt: quia illi percipiunt abundanter gratiarum eius dona, qui ad ea percipienda seso uisibilia contemnendo parauerunt”.

<sup>98</sup> *In I Reg.* 4,104 (p. 348): “Dum praedicator foris loquitur, qui a prauis desideriiis mentem custodiunt, per gratiam sancti Spiritus ad internae dulcedinis experientiam trahuntur”.



que vuestro trabajo sea la humildad, lo que viene después no os interesa, eso pertenece a Dios. El Benito de los Diálogos es el carismático por excelencia; jamás habla del Espíritu, está lleno de El; es Gregorio quien habla del Espíritu, al contemplar la vida maravillosa de su héroe y de los santos. “Desead el Espíritu”, clama dirigiéndose a todos; “sed humildes, ése es el camino real; si sois humildes, quiere decir que el Espíritu está en vosotros”.

*Saint-Paul de Wisques  
Francia*